

EL CREPÚSCULO CULTURAL. LAS INCERTIDUMBRES MEXICANAS*

Pensar la época revolucionaria es pensar el movimiento de ideas que acaeció en el ámbito cultural; es pensar el vínculo entre el poder y la cultura y resaltar la estrecha interacción entre cultura y educación; es pensar en la formación intelectual del mexicano; es pensar finalmente entre el ejercicio del poder y la conquista y la defensa de nuestras libertades; entre las libertades de pensamiento y de expresión, en proceso de formación, y su contrapunto: el derecho revolucionario.

Hablar de la influencia del pensamiento de Vasconcelos en la era revolucionaria resulta toda una obviedad. No lo es sostener que esas generaciones fueron igualmente tributarias de las ideas de Ortega y Gasset, especialmente las vertidas en uno de los libros más leídos de la época: *El tema de nuestro tiempo* (1923). Es precisamente en esta obra en donde se desarrolla la noción de “generación”, que resulta fundamental para comprender la manera en que actuaron las sucesivas generaciones culturales en su larga odisea en el siglo XX mexicano.

Desde el inicio de ese siglo, que encuentra su umbral en México en la era revolucionaria, la noción de “generación” se convierte en una noción operativa y retrospectiva, propicia para el arraigo de sitios de la memoria colectiva. Esta noción, empero, no se reduce a la retrospección de la “conciencia de generación”; responde a la necesidad de una autoproclamación fundacional. La noción de “generación” adquirió a partir de esa época derecho de ciudad y se convirtió en una noción con alcances simbólicos; pero lo hizo de una manera imperceptible y silenciosa.

La época revolucionaria fue el impulso fundador de la noción cultural de “generación”; no lo fue por la sucesión natural de diversas generaciones culturales; lo fue, sí, por haber posibilitado las condiciones de cambio a partir de las cuales emergió la “conciencia de la generación”. En estos nuevos entornos acaece una ruptura cultural simbólica que está en el epicentro de

* Sánchez Cordero, Jorge A., “El crepúsculo cultural. Las incertidumbres mexicanas”, *Revista Proceso*, México, edición especial *Bi-centenario*, 2010.

toda generación cultural, como una categoría de asociación representativa, y cuya identidad horizontal es el signo distintivo que hace que trascienda a otras formas de solidaridad vertical. El sentimiento de pertenencia está en el fondo de la noción de generación, a pesar de su heterogeneidad congénita. Su solidaridad, que es su elemento de cohesión, radica justamente en la libertad de espíritu compartida; la horizontalidad que la caracteriza es la imagen ideal e idealizada de la democracia igualitaria.

La radicalización de los postulados de los jóvenes de la era revolucionaria hicieron de la “generación cultural” un fenómeno nacional. Estas generaciones intentaban una ruptura cultural. Embelesadas por la subversión, anhelaban un recomienzo de la historia, escapar a las leyes de su filiación y a las exigencias de la continuidad; son estas generaciones las que pudieron suplir su carencia de legalidad, con legitimidad democrática.

La “cultura de la revolución”, que se trató de arraigar a los entornos mexicanos, postulaba nuevas concepciones y maneras de sentir; su gran ambición sería hacer *tabula rasa* del pretérito. Pero muy pronto estos anhelos quedarían sofocados por la ideología y su única fortaleza radicaría en la retórica. Los efectos deletéreos de la era revolucionaria empezarían a ancilar a los espíritus revolucionarios. La “cultura de la revolución” sería en lo sucesivo considerada como ornamental y el poder haría romas las múltiples aristas de la libertad de expresión al abrigo de la unidad nacional y del culto a la personalidad del jefe del Estado.

A estos jóvenes proclives a la acción —Vasconcelos mismo sostendría que cultura sin acción era bizantinismo— los unía la edad y el fervor revolucionario. Se percataron de que únicamente su acción colectiva los conduciría a certidumbres, y asimismo advirtieron que el ejercicio del poder en nuestro país no había sido ni sería inocente. Con Ortega y Gasset descubrieron muy rápidamente que la revolución no era la barricada, sino un estado de espíritu; que son los seres humanos de mayor vitalidad, los que le han dado a las masas su determinada configuración; que no se trataba de conservar y acumular, sino de “arrumbar y sustituir... los viejos quedan barridos por los mozos. Son tiempos de jóvenes, edades de iniciación y beligerancia constructiva”. Estos jóvenes tendrían como común denominador la experiencia vivida y la orfandad intelectual, referencia inequívoca de la ruptura generacional, la frustración como secuela de una historia traumática, y como ilusión un futuro promisorio.

José Gorostiza sostendría que “la cultura de la generación” debía ser creativa y plena de energía pero debía simultáneamente valorar el legado cultural de sus ancestros: el pasado en función del presente. No hay selección de memoria sin la resurrección de otra memoria. La ruptura cultural

se hará a partir de la ponderación de la continuidad; en lo sucesivo, la inmersión en la memoria colectiva será indisoluble de la “conciencia de la generación”. Hasta entonces las ideas se habían articulado como meros instrumentos al servicio de las necesidades vitales; ahora la vida se debía poner al servicio de las ideas, conforme a la fórmula de Ortega y Gasset. Esta es la verdadera esencia del espíritu revolucionario mexicano.

La época revolucionaria expresó con gran claridad el simbolismo generacional, pero las interrogantes la sucedieron en el transcurso de los inciertos tiempos mexicanos: ¿En qué forma la generación precedente haría depositaria a la siguiente generación de sus valores culturales? ¿Cuál sería el principio bajo el cual se daría continuidad a la tradición y ésta se renovarían? ¿Cuánto duraría una generación? ¿Cuál sería el ritmo de su reemplazo? La generación describe un proceso gobernado por el poder de transferencia y la sublimación de valores culturales. La “generación cultural” obedece a la creación de ideas, al movimiento de ideas y de nuevas concepciones, y se sustrae a todo ritmo cronológico; carece por lo tanto de la acepción antropológica de la edad.

Cada generación, apuntaría Ortega y Gasset, debe recibir lo vivido: ideas, valoraciones, instituciones, por la generación antecedente, pero simultáneamente debe dejar fluir su propia espontaneidad. En la generación se gestan las ideas, que posteriormente se deberán vivir en las calles.

Las futuras generaciones culturales habrán de polemizar, gobernadas por las premisas de la construcción de su propia memoria colectiva y de su autoafirmación, sobre los graves problemas nacionales y los problemas propios de su época, tales como la necesidad de reafirmar la virilidad y los valores y tradiciones mexicanos en la literatura; la creación de un derecho revolucionario que expresara el proyecto de la Revolución y de la Constitución de 1917; el arraigo del socialismo realista y el nacionalismo en las artes como criterio estético; la resolución sobre la preeminencia del socialismo o del liberalismo en la enseñanza; el enfrentamiento de la crisis de los valores revolucionarios y el consecuente rescate de la mexicanidad; la reflexión entre los postulados de la Revolución Cubana y el socialismo a la mexicana; la enmienda de un régimen político autoritario ante las insistentes reivindicaciones y reclamos de democracia de las nuevas generaciones; el intento de descifrar la genuina cultura mexicana y el fomento de su rescate; la imaginación de una nueva cultura política ante el fracaso de un modelo neoliberal impuesto, que nunca produjo el bienestar social proclamado, para terminar por aceptar con tropiezos al multiculturalismo mexicano y a las minorías.

Lo que ha hecho de esta miríada de generaciones un patrón creativo y enriquecedor es haber conjuntado todos sus elementos sobre tres ejes que en México han constituido el centro de gravedad de la noción de generación: la cultura nacional, la educación y la política, que se sustentan respectivamente en la mexicanidad, en la escuela y en el poder. Es la simbiosis de estos tres ingredientes, en sus diferentes perspectivas y cambios semánticos a través del tiempo, la que le ha dado a la noción de generación su sentido, a partir de la época revolucionaria. En nuestro país en esta simbiosis la élite burocrática ha tratado recurrentemente de hacer prevalecer el poder sobre los otros dos componentes.

El debate sobre el poder y su concentración ha sido y es consustancial al de la generación cultural. Es un debate que se inicia desde la época revolucionaria y que ha opuesto secularmente la cultura al poder; ambos se desarrollan en un contexto de interdependencia preñado de conflictos latentes. Desde entonces las generaciones culturales desafiarían recurrentemente al poder. Manuel Gómez Morín en un manifiesto proclamaría: El poder necesita de nuestra generación, no nuestra generación del poder. Nuestra generación es revolucionaria, porque es la verdadera revolución.

Es la generación cultural, a través de su memoria colectiva, la que ha resistido los asaltos recurrentes del poder; de aquellos que desde el poder han hecho mofa de nuestra memoria colectiva, cuando ignoran su ritmo y su prosa; que del tiempo han pretendido abolir su duración, para hacer un presente sin historia; que han privilegiado el orden sobre la justicia, sobre la verdad y sobre la libertad; que de manera empecinada pretenden desmemorizar por sistema el pasado para memorizar exclusivamente el presente.

La “generación” junto con nuestras comunidades resultan ser los vehículos culturales creadores de los sitios de memoria por donde transita nuestra identidad; estos sitios de memoria que rebosan de un poder de evocación simbólica constantemente revividos. Resulta claro que el alcance de la definición de generación gravita actualmente en su memoria colectiva, que ha convertido a la “generación” en una conjugación simbólica del tiempo, en una modalidad privilegiada de la representación del cambio; que la convierte en el heraldo del advenimiento de nuevos actores sociales y culturales.

Los fastos en el calendario mexicano se han cumplido puntualmente y las conmemoraciones del Bicentenario de la Independencia y el Centenario de la Revolución fueron propicias para emplearse en toda clase de fines. Estas conmemoraciones, que vanamente intentaron grabarse en la memoria colectiva mexicana con la inútil pretensión de hacerlas eternas, sucumbieron fatalmente al ritual de la élite burocrática. Fueron conmemoraciones que se celebraron en panegíricos; que trataron de expresar el esplendor del

poder; que intentaron construir una memoria coercitiva e impuesta, oficialista y cesarista, y que; irónicamente, fue la que trató de subvertir la era revolucionaria. En estas conmemoraciones el poder privilegió en los hechos la “cultura de la Corte”, propia del porfirismo: una cultura sectaria, adoctrinada y escolarizante. El poder sin embargo no reparó en que fue justamente esta “cultura de la Corte” la que combatieron las generaciones de la era revolucionaria, que expresaron con contundencia su desprecio al relumbrón retórico, como bien lo manifestaría Gómez Morín.

Se soslayó, ante la protesta firme de la ciencia y de la conciencia humanística, que la memoria colectiva es la única plataforma que permite reencontrar a México como voluntad, como representación, como unidad, como identificación. Es en función de la memoria colectiva, y solamente de ésta, que la nación mexicana, en su acepción unitaria, conserva su pertinencia y su legitimidad.

La construcción autoritaria de la memoria colectiva mexicana en la que se ha pretendido encontrar la fortaleza de nuestro país y el instrumento de grandeza es paradójicamente la expresión congénita de su debilidad; es el poder el que se afanó vanamente, a través de la manipulación de la cultura, de cristalizar la conciencia de la comunidad y el sentimiento de nación. Se resaltaron episodios históricos propios de una continuidad, que resulta ser paradójicamente la continuidad más precaria y relativa, como es la del poder y de la política. Al hacerlo, el poder olvidó escudriñar la memoria colectiva, cuando es justamente en ésta en donde se suceden los aluviones culturales acumulativos. Se exhumó una continuidad, para meter en relieve su singularidad y su cronología, sin percatarse de que la continuidad oculta toda ruptura cultural. Como colofón, la memoria del gobierno se redujo a una historiografía de paisajes mediáticos y de discursos.

Después de la imposición de un modelo neoliberal, que ha terminado por cambiar hábitos y costumbres, a la sociedad mexicana le sobrevive como legado cultural su memoria colectiva. Aquí radica su fortaleza. La banalización de la historia gloriosa en estas conmemoraciones terminó por despojar de ella a la sociedad mexicana; le queda ahora como único y último baluarte su gran pasado.

En estas conmemoraciones, el pensamiento de Ortega y Gasset resultó premonitorio en nuestro país: “Las generaciones, como los individuos, faltan a veces a su vocación y dejan su misión incumplida. Hay generaciones infieles a sí mismas, que defraudan la intención histórica depositada en ellas. La generación delincuente se arrastra por la existencia en perpetuo desacuerdo consigo misma, vitalmente fracasada”.